



SOTILEZA

MUERTES, asolamientos, fieros males cerró entre sus brazos esta temporada de terremotos, cólera, guerras, huelgas y hambre; pero ni la tierra, ni las nubes, ni los rencores humanos abortaron uno de esos poemas que el año pasado dieron á luz varios genios de primeras letras. Verdad es que aún no somos á estas horas potencia de primer orden, no embargante los prólogos desprovistos de todo adorno gramatical que el Sr. Cánovas escribe para traducciones de poetas ingleses; pero en literatura algo hemos adelantado, á pesar de que ya no existe el tío del presidente del Consejo, y de que al sobrino se le puede contar entre los difuntos, por lo que al arte importa.— No, no escribirá más versos el Sr. Cánovas, y tal vez imitarán tan sabio ejemplo los poetas descriptivos, calendarios americanos se-movientes, que nos tenían la cabeza hecha una olla de grillos y otra olla de pájaros... Y... se acabó, ó parece que se acabó (porque

vaya usted á saber...) el imitar á Núñez de Arce y el imitar á Campoamor; en el Áteneo se procura salvar el país, cada cual en la medida de sus fuerzas, ó por lo menos de sus discursos, y nadie se mete con las musas, salvas ligeras excepciones ó Peñarandas.—Ya no hay señoritas que tienen el honor de pensar libremente y decírnoslo en verso, tal como lo piensan; ya Balaguer no pasa por poeta, ni siquiera en su casa y ¿qué más? algunos *versicultores* han desaparecido, y hay fundadas esperanzas de que otros no duren mucho.

Para colmo de venturas, se han amortiguado las discusiones sobre si debemos ser naturales ó ideales, sobre si debemos *inspirarnos en la naturaleza, alma mater*, como es sabido, ó en las *ideas madres* que dijo el otro. Se disputa todavía, es verdad, pero mucho menos que hace poco; y por último, entre bastantes novelas malas, salen á luz algunas buenas; y dos ó tres excelentes.

Entre las mejores figura *Sotileza*, la obra maestra del maestro montañés, en opinion de críticos como Menéndez Pelayo, novena maravilla de talento, tan legítima como puede serlo el foro de Alejandría en su género. Después de decir Menéndez Pelayo,—siquiera lo diga en *La Epoca*—que *Sotileza* es la obra maestra de todo un Pereda, el que quiera sostener otra opinion, puede hacerlo, pero previa la ceremonia que vulgarmente se llama tentarse la ropa.

Pereda escribió este libro para los montañeses, según declara en el prólogo, para los santanderinos especialmente, y parece que sólo admite la competencia crítica del cabildo de Arriba y el de Abajo.

Pero á eso se le puede decir: *Et in Arcadiam ego*, como diría de fijo Pedro Sánchez si hoy fuera crítico. ¿Si creará el Sr. Pereda que sólo en Santander se sabe lo que es el mar y lo que es un prodigio de arte? No se necesita ser *callealtero* para comprender que en *Sotileza* está lo mejor que ha escrito su autor en materia de novela de pasión, de observación exacta y fuerte, y de propiedad y vigor en el diálogo. La alegría, la santa alegría de las carcajadas que provoca el gran autor cómico, carcajadas que acaban en lágrimas de admiración; esa alegría continua que nos hace felices á ratos, tal vez la despiertan en el lector con más frecuencia y más intensidad otros libros de Pereda. Aunque Muergo con sus trapos de cristianar y *Pae Apolinar* con su sermón, que sólo tuvo un *succès d'estime*, son tan graciosos y hacen reir de tan buena gana como los mejores tipos de las *Escenas montañesas*, *Tipos y Paisajes*, *Don Gonzalo*, *El sabor de la tierra*, *De tal palo...* y *Pedro Sánchez*, no puede afirmarse en general que *Sotileza* sea libro tan *regocijado*, según dicen muchos, como otros hermanos mayores suyos. Tampoco llega, en intención y valor de experiencia social, á *Pedro Sánchez*, ni se proponía el autor que llegara, ni que fuera por este camino. Tal vez en *Don Gonza-*

lo, en *De tal palo...* y en *El sabor de la tierra* encontremos tanta riqueza descriptiva, no más, que en *Sotileza*; acaso no sea cierto que Pereda *sienta* mejor el mar y la vida de los pescadores que el campo y la vida de sus habitantes, aunque sí con la misma maravillosa intensidad y perfección. Pero todo esto, ¿permitirá colocar por encima de *Sotileza*, en absoluto, libro alguno de su autor? Yo creo que no. Y en cambio se me figura que la trama novelesca es más sólida, más interesante y más complicada (como la vida) que en los libros anteriores; y los caracteres están estudiados con más detenimiento, y las pasiones mucho mejor definidas y puestas de relieve, aunque *Pedro Sánchez* iguala al último libro en alguno de estos respectos.

Todo el tomo interesa, y mucho, desde el primer capítulo, que está lleno de promesas que empiezan en él á cumplirse; la acción camina desahogada entre la multitud de oportunos episodios que la mueven más ó menos directamente, entre descripciones y observaciones de costumbres y caracteres, ya colectivos, ya individuales, que vienen á ser como el gran acompañamiento instrumental y coral, parte importantísima de las novelas de esta índole. Todo está muy bien, repito, desde el principio; pero algún crítico ó simple lector, podría quejarse de que á la infancia de Andrés, el hijo de Bitadura, se le concede demasiado espacio, y de que no todo lo que de ella se dice

es interesante; alguno podría murmurar también de ciertos pormenores puramente santanderinos, que sólo podrán tener transparencia poética y ser materia de importancia artística para los que aman tales menudencias por encontrarlas en el desván de sus recuerdos; mas, aun á los que nos salieran con estas embajadas, podríamos decirles que para hacer olvidar al momento estos raros pasajes opacos del libro, entre ellos, dominándolos, casi ocultándolos, están cosas tan interesantes, tan bellas, tan reales y poéticas como las que voy á enumerar rápidamente.

Es un cuadro hermoso, fresco y de una realidad franca y alegre, tierna y risueña al propio tiempo la presentación del padre Apolinar y de los futuros héroes de la novela: Muergo, Sotileza y Andrés. Pocas veces habrá llegado el arte de la pluma á representar con tanta belleza un carácter en embrión y un carácter original y fuerte, como va á ser el de Sotileza, con tan pocos rasgos y tan exteriores. Un grito, unas palabras repetidas como un estribillo, y una comparación, bastan á Pereda para mostrarnos todo lo que ha de ser *Sotileza*, hoy crisálida, cuando llegue á mariposa; nada más lo dicho de la niña en los primeros capítulos bastaría para que el lector pudiera señalar contradicción en el carácter, si el autor no hubiera hecho crecer y desarrollarse en aquella huérfana de Nules determinadas virtudes, tales tendencias teratológicas, cierto temperamento, hasta un modo singular de her-

mosura. Y todo ello, ¿por qué? Porque ha bastado ver cómo se mueve, cómo arruga el rostro, cómo desprecia, cómo compadece aquella niña que vaga por las calles y por la orilla del mar, entre pilluelos, sin sexo todavía, para adivinar su modo de ser futuro. Y no puede atribuir el lector á su perspicacia el mérito de esta seguridad que adquiere respecto al carácter *necesario* de Sotileza, sino al arte, y á la observación sóbria y bien mostrada al experimentar, del escritor. Pereda podrá decir todas las perrerías que quiera de los naturalistas franceses, pero en esto, como en otras cosas, su procedimiento es el de Zola; y debo advertir que la gracia no está en seguir el procedimiento, sino en acertar, en cumplirlo con facultades suficientes. Diga Pereda (y perdone la digresión) lo que quiera de los críticos que le comparan con escritores extranjeros; por lo que á mí toca, si por crítico me tiene, esté seguro de que en boca mía decir que algo es digno de Zola, ó parecido á lo de Zola, es el mayor elogio; porque de día en día crece mi admiración por el autor de *La Joie de vivre*, y creo firmemente que, á su modo, vale tanto como Balzac y más que todos los otros grandes novelistas franceses, más que el mismo Flaubert, en cuanto novelista, no como literato.

Y me atrevería á escribir un libro demostrándolo, creo que con verdaderos argumentos.

Ahora vuelvo á Sotileza.

También desde el primer capítulo se comprende lo

que va á ser Muergo, y ha de darnos lugar este personaje, tal vez el protagonista *latente* del libro, á aquilatar el mérito de Pereda en el arte difícilísimo, y de los más interesantes para el novelista, de estudiar los caracteres en la variedad de la vida, á través de las transformaciones de las edades. Andrés, aunque inferior á Muergo y á Sotileza, también revela observación profunda. El que haya vivido, siendo *señorito*, entre pilluelos, ya de calle, ya de playa, enamorado de ellos, de su libertad y de sus costumbres, verá en Andrés un cúmulo de recuerdos de la propia infancia. Pero ya que hablo de Andrés, y como mi propósito no es adular á Pereda, sino decirle todo lo que siento, voy á detenerme en este personaje, que me parece el menos artístico entre los principales. No es que esté mal estudiado, ni mucho menos; al contrario, repito que en él revela el autor una vez más sus dotes de observador, y tal vez mejor que nunca pinta, con motivo de las luchas interiores de Andrés, ciertos matices de la pasión en pugna con la conciencia, siquiera sea la pasión somera y más capricho tenaz que amor arraigado. Pero no es eso; no es que Andrés esté mal estudiado; es que este *señorito* está ocupando un lugar que yo quisiera para un pescador, por tratarse de la novela de los pescadores. En vano el autor presta atención preferente á la vida de Andrés y á la de su familia, y á la de su principal. Los capítulos en que tal hace, aunque muy bien escritos, son la parte débil

del libro; en algunos de ellos, los de la educación de Andrés, por ejemplo, el interés decrece visiblemente; allí es donde entran aquellas cosas opacas de que hablaba arriba; el lector está deseando que le lleven á ver á Sotileza, á Muergo, á Cleto; y más adelante cuando Andrés, hombre ya, ocupa páginas y más páginas con las batallas de su espíritu y las pretensiones de su capricho amoroso, por más que el interés ya es grande, el lector sigue deseando que se hable menos de él y más de los otros. Sotileza, la misma Sotileza aparece en escena cuando en las idas y venidas de Andrés se la encuentra; el hilo principal que sigue el autor es el de la vida y pensamientos de Andrés, no el de Sotileza; los accidentes en que se pára son los que nacen de las relaciones de Andrés; si Cleto y Muergo asoman de vez en cuando para representar sus grandiosas escenas, algunas veces es por causa de Andrés; y cuando no, cuando los pescadores y la callealtera están solos y el *señorito* desaparece, es cuando nos da el autor lo más característico del libro, lo más vigoroso, original, tierno, y á veces sublime. Sí, no hay duda; Andrés, á pesar de su mérito, perjudica mucho por ocupar demasiado la atención del autor con sus ideas y sus aventuras, que, aunque interesantes muchas de ellas, no tienen la grandeza de los capítulos en que intervienen los otros, ya Cleto y Muergo frente á frente, ya cada cual frente á Sotileza. Sin embargo, hay momentos en que también figura An-

drés, y sin embargo, la situación es bellísima; así sucede en el capítulo de la Pesca y en el de la disputa con Muergo, y en aquel incomparable que se titula «Las hembras de Mocejón.»

Pero dirá algun amigo de Andrés: ¿y en la galerna? ¿No aparece grande el hijo de Bitadura? Sí. Mas acaso la galerna, cuadro magistral, pierde algo por ser Andrés la figura central de ella. Este mozo es un *aficionado*, no es un marino, no es un pescador; si le coge el galernazo, es por casualidad; el héroe del mar debe ser un marino; aquel señorito dirigiendo la barquilla en los momentos supremos, aunque es grande, es mucho menos grande que la ocasión, es un elemento heterogéneo en el cuadro; no sé qué instinto de gusto me dice que no está allí bien. Pintad eso, y veréis que aquel caballero particular entre las olas y los trajes *armónicos* de los pescadores, *desdice*.

Y se observa que el autor, por darle una importancia que no tiene (pues tienen mucha más otros) recurre ¡cosa rara en él! al artificio de inutilizar el patron de la lancha, para que así pueda mandarla su héroe. En fin, que por todas partes encuentro funesta para el efecto y la importancia del libro la excesiva parte que en él se atribuye al hijo del capitán, que al fin es un *c.... tintas* como dice con muchísima razón Sotileza. Y, entiéndase bien, no es que sobre, no es que deje de tener belleza su afición irresistible al mar y á sus *cultivadores*; esta vocación contrariada mere-

cía estudio, y ya le tiene cumplido, y además interesa, no sólo por sí misma, sino por lo que sirve para la trama de la historia de *Sotileza*; pero lo que yo censuro es que se convierta en lo principal, en lo absorbente en una novela que tiene, gracias al ingenio del autor, elementos de belleza superiores con mucho á la que Andrés y sus condiciones pueden ofrecer, por mucho partido que de él y de ellas Pereda haya sacado. ¿Me explico?—Para el que lea distraído, tal vez no esté claro lo dicho, y acaso aparezcan contradicciones; pero prefiero exponerme á ser oscuro, á dejar de ser sincero. Yo no escribo críticas para pagar amistades del alma, que éstas las pago con cariño; quiero que hombres tan hombres como Pereda puedan estar seguros de que cuando yo llego á decir de ellos que son honra de las letras españolas, y que sus libros merecen pasar á otras generaciones, lo digo como lo siento, y no por seguir la corriente de esas villanas complacencias de la amistad que acaban con toda crítica digna, y por consiguiente causan al arte mismo daños sin cuento. Y para que se crea en la sinceridad de mis alabanzas, ¿qué mejor caución que exponer en crudo, tal vez en forma más fuerte de lo que la justicia exigiera, los reparos que el juicio, equivocado ó no, aconseja hacer?

En resumen, por lo que respecta á Andrés: con él pudo haber hecho el autor otra novela interesante, de observación original y muy oportuna, y entonces, todo

lo que á él se refería y es bello, lo sería sin *pero* de ninguna clase; allí resaltarían más los datos de observación de la niñez y la adolescencia, sus relaciones con la familia de D. Venancio, y resaltarían, sobre todo, los capítulos en que su padre y su madre tienen que reprender la conducta del hijo que adoran. Bien que esto en *Sotileza*, y donde quiera, está y estaría muy bien.

Lo que yo digo es que la novela de la callealtera debía ser más suya, figurar ella más; y ese análisis interior que se emplea en Andrés, emplearlo en ella: en ella y en Muergo.

Porque ha de saber el lector, si es que no lo sabe, que personajes como Muergo, *Sotileza*, Cleto, las de Mocejón, Mecheln y consorte, *Pae* Apolinar y coro de sardineras, pescadores de ambos cabildos, etc., etc., pocas veces han salido á la escena; en España ninguna; y si al novelista se le tributaran las ovaciones ostensibles que logra el dramaturgo, el triunfo de Pereda esta vez habría sido como pocos.

No es el autor de *Sotileza* de los que siguen el capricho de la moda, y unas veces, porque ella lo pide, escriben novelas de guante blanco, y otras veces pintan las clases bajas con todos sus vicios y grandezas, rasgos sublimes y malos olores. Pereda está por encima de la moda y por encima del cansancio de algunos críticos *aromatizados* que ya no quieren más pobreza, más trapos viejos, más hambre ni más roña; escribe

sin pararse ni mirar si ofende el olfato de algunas sensitivas con barbas, y escribe, ora del pueblo más bajo, ora de los más altos hidalgos y caballeros, según por el panorama que escoge pasan almas vivientes de una ú otra clase.

En *Sotileza*, el hambre, la miseria, la *basura* (que el simpático y bondadoso Luis Alfonso no quiere ver en letras de molde), la fealdad, la estupidez, la legaña, el pringue, el trapo sucio, los zapatos rotos, los pies descalzos, el paño mugriento, cuanto es patrimonio del pobre, aparece en su lugar correspondiente, sin escrúpulos de monja ni de gacetillero idealista, sin amaneramiento, ni en son de desafío, ni por nada que sea afectación, sino traído por la necesidad, por la lógica de lo real; ley suprema de la naturaleza y de Pereda.

Digno del naturalista más perfecto, de Zola mismo, es todo lo que en *Sotileza* se refiere á la vida de los marineros, tal como es ó era en el pueblo que el escritor montañés tanto ama, casi adora.

Santander, entusiasmado, ha visto en esta novela el reflejo fiel de sus recuerdos y ha saboreado la poesía inefable que hay en el arte, cuando, á su manera, repite las imágenes que duermen en nuestro cerebro, exaltando las memorias y su dulzura singular y profunda.

Lo que sentirá un buen santanderino leyendo aquellos capítulos en que se describe la *Calle Alta*, la en-

trada de la *Montañesa*, las sesiones del *Cabildo*, el carácter de los pilotos y tantas otras cosas que serán para ellos queridísimos recuerdos, no podemos los extraños imaginarlo fácilmente; pero aun para nosotros queda mucho, muchísimo que admirar y sentir.

Las descripciones, los rasgos de observacion y de expresion felicísima en costumbres colectivas é individuales, en estilo popular, en ideas de la plebe del mar, en cuanto tiene por objeto retratar el Santander que fué, son dignos de alabanza desde el principio de la novela; pero allá, desde el capítulo once próximamente en adelante, crece el mérito de tal materia y aparece siempre enlazada esta clase de belleza á la no menos interesante, acaso más, de la pasión humana, de lo que no es privativo de santanderinos, ni siquiera de pescadores, sino que es puramente humano; y los capítulos que se titulan *Un día de pesca*, *El perejil en la frente*, *El idilio de Cleto*, *Muerto de gala* (tal vez el mejor) *Los de arriba y los de abajo* (como descripción característica y obra de color y fuerza, lo superior), *Las hembras de Mocejón* (tan bueno como los mejores de *L'Assommoir*, de su clase), y los que siguen hasta el final, quitando uno ó dos, son unas verdaderas maravillas de arte que aseguran al autor uno de los primeros puestos entre los escritores que han de honrar en lo futuro la historia literaria de España en el siglo XIX.

No puedo hablar de todo lo que admiro en este li-

bro, que es un tesoro; pero antes de concluir quiero detenerme á elogiar con todo el entusiasmo que merece, el lenguaje que hablan los personajes de *Sotileza*.

Siempre en tal materia rayó á gran altura Pereda; sus diálogos populares son hace mucho tiempo modelo de verdad, gracia y fuerza; pero jamás como ahora llegó á la perfección, que quita toda esperanza de ser igualada. No se comprende cómo, sin un milagro de inspiración, pueda Pereda hacer decir á sus sardineras, á sus marineros, ignorantes y zafios, las frases que allí dicen y como las dicen. Parece mentira que todo aquello no lo haya copiado un taquígrafo... y ni eso mismo sería tan verdadero, porque el diálogo de Pereda es la quinta esencia de lo característico. No hay retórica que pueda enseñar ese modo maravilloso de imitar la gramática, el estilo, las figuras, los pensamientos de cada sardinera, de cada pescador. Las de Mocejón y Muergo son en este respecto lo mejor que ha hecho Pereda; es decir, lo mejor que hemos visto en España en tal materia, y no creo que autor extranjero alguno haya superado á nuestro compatriota.

Voy á terminar, dejando muchísimo, lo más, en el tintero, pues por falta de habilidad he llenado cuartillas y cuartillas sin echar en ellas lo que más necesitaba decir: dejo dentro del cerebro mil expresiones de admiración para muchos rasgos de Sotileza, para el comentario que hace el *Pae Apolinar* de su sermón,

para los gritos de salvaje y los golpes de remo de Muergo cuando Sotileza le mira, para las regatas de los dos cabildos, para el triunfo de Cleto, para la palidez de Sotileza, para el diálogo de Bitadura y su hijo cuando discuten, para la despedida de Cleto, para la escena de Muergo y Sotileza cuando ésta recurre al castigo de la vara; dejo... yo no sé cuántas cosas más.

Pero no hay remedio; el artículo ya es largo, y el periódico en que lo publico necesita el espacio para muchos asuntos.

¡Y pensar que, con ser Sotileza cosa tan buena, todavía es el autor capaz de darnos algo mejor!

Sí, porque es capaz de darnos un libro en que lo humano se mire como lo principal y lo santanderino como lo secundario; un libro en que haya todas las grandezas que admiramos en éste, con otras muchas de que Pereda ha dado muestra en *Pedro Sánchez*, *El sabor de la tierruca*, *Don Gonzalo*, etc., etc.



EL CISNE DE VILAMORTA

NOVELA POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

No sé si cometo una indiscreción, si soy inoportuno atreviéndome á escribir, aunque sea poco, de literatura. Hace un mes nadie pensaba más que en huir de la muerte, y ahora todos piensan en correr á su encuentro en el campo de batalla; pero á nadie se le ocurre leer libros, ni menos comprarlos, ni mucho menos pasar los ojos por las revistas literarias. Sin embargo, sin remontarnos al manoseado *eureka* de Arquímedes, podríamos recordar el lector y yo multitud de casos en que, á pesar de verse la patria en peligro, hubo quien pensó en materias científicas ó artísticas, por completo ajenas á la guerra. Recuerdo ahora que Paul Albert escribió su excelente *Historia de literatura romana* durante el sitio de París, en que él padeció lo que todos; y como este ejemplo hay muchos. Creo, pues, que, siendo breve, puedo, sin pecar de extemporáneo, decir algo de un libro que aunque

ninguná luz arroja sobre la cuestión de las Carolinas, tiene su importancia.

Doña Emilia Pardo Bazán, que es uno de nuestros mejores críticos, notable historiador, y muy erudita, es también uno de los buenos novelistas de la que se ha dado en llamar nueva escuela. Después de *Pascual López*, felicísimo ensayo, escribió otras dos obras de este género. *Un Viaje de Novios* y *La Tribuna*, y ahora viene á aumentar su crédito con *El Cisne de Vilamorta*, muy discreta novela en que se ve á cada página la eficaz ayuda que á un buen ingenio prestan la experiencia y la reflexión. La crítica, no tan desdeñosa con esta ilustre dama como con otros autores, ha dedicado su atención al libro de que ahora trato, y poco menos que unanimidad ha habido al juzgar el mérito del *Cisne* gallego. Yo me apresuro á decir que voto con la mayoría; y no lo extrañaré el que por casualidad conozca mi opinión respecto de la escritora coruñesa, verdadera gloria de su patria.

Es Emilia Pardo uno de los españoles que más saben y mejor entienden lo que ven, piensan y sienten. Tratar con ella, siempre es aprender mucho; y así, en sus mismas novelas, donde menos quiere enseñar, lo que resalta más es el talento, la penetración, la claridad con que ve y expresa, la corrección con que dice, lo sabiamente que compone, la perspicacia con que observa.

El Cisne de Vilamorta es una de las obras predilec-

tas de su autor, y se explica, no sólo porque es la más reciente, sino porque refleja (tal vez mejor que ninguna) el carácter literario de quien escribió ese maravilloso libro de crítica que se llama *La Cuestión Palpitante*. Será en vano que se le diga que en *Un Viaje de Novios* había más originalidad, más gracia y frescura, una ligereza clásica encantadora; ella prefiere *El Cisne*. Y tiene sus argumentos: *El Cisne* es obra más pensada, más *canónica* se pudiera decir; su composición es mucho más sabia; la unidad de la acción más patente.

Sea como quiera, es claro que esta novela prueba grandes progresos y hace esperar, tal vez para muy pronto, una obra maestra. Yo debo confesar que mientras leía las aventuras tristes y resobadas del pobre diablo que imitaba las rimas de Becquer—Segundo García, *El Cisne*—iba pensando en la habilidad recóndita con que el autor describe, analiza y, llegado el caso, inventa imitando el movimiento natural y probable de la vida, tal como se tiene que presentar en los lugares escogidos para el cuento. Se ha dicho que el protagonista era un pedazo de madera, que no interesaba, que aquello no era romanticismo, etc., etc. Es verdad, salvo lo de no ser romántico García; romántico sí es, pero como lo puede ser un madero; si fuera realista ó pesimista, ó lo que los críticos quieran, lo sería también como lo es la madera cuando se mete en estas honduras.

Muchos de esos críticos no han visto, y Dios me perdone, que Segundo García son ellos. Si Segundo fuese crítico y se le ofreciera su propia imagen como protagonista de un libro, diría pestes de sí mismo. Si alguna censura poco favorable merece *El Cisne*, que no lo niego, no es ciertamente porque Segundo sea como es. El Federico de *La Educación sentimental* no es de otra estofa, y hace lo que García hiciera viviendo en París y no en un rincón de Galicia. La culpa de que el interés que despierta el libro no sea muy grande, no está en el carácter de Segundo, sino en el autor, que no quiso estudiar á su personaje más que en un momento de su vida, en una sola aventura, y cuando los *yangüeses* de la realidad fría y seca le dan la primera paliza. Hablando de algunas novelas de otro escritor de grandes esperanzas, también he dicho algo como lo que ahora tengo que hacer notar á la señora Pardo: un hombre vulgar sirve perfectamente para protagonista de un libro, pero hay que ahondar en el hombre y traerlo y llevarlo un poco por el mundo. Si no se hace esto, el libro no estará mal (si hubo talento para pintar el carácter), pero sabrá á poco á todos, y á soso á muchos.

Por lo demás, todo lo que hace y dice el imitador de Becquer está muy en su punto, y yo soy voto en la materia, porque conozco á muchos cisnes de ese jaez... y aun temo que alguno de ellos me ha de dar jicarazo, como pueda.

Sí; esos imitadores son así, y tienen su novela en su armario. ¡Lástima que la señora Pardo Bazán no haya pintado el tipo insistiendo más en su aspecto cómico; que tratándose de tal personaje no había miedo de caer en lo falso, á poca prudencia que se tuviera. Aunque el autor de *Un Viaje de Novios* no confía mucho en su talento para provocar la risa, demuestra, las pocas veces que lo intenta en *El Cisne*, que sabe combinar las contingencias de modo que lo cómico aparezca con todo su alegre acompañamiento de carcajadas. Cuantas veces tropieza Segundo con los cerdos de su pueblo, se anima y alegra el cuadro; y bien puede decirse que aquella descripción del contraste que ofrecen las tristezas y *saudades* del poetaastro con el mondongo, es de lo más interesante y expresivo del libro.

También es muy interesante y muy significativo, y bien estudiado, y real, cuanto se refiere á Leocadia, la maestra, aunque la historia de su sacrificio esté contada muy de prisa. No me gusta por lo general—y menos tratándose de autores que pueden ser mis maestros en todo, como sucede á la señora Pardo Bazán—no me gusta decir que un artista debió tirar por aquí, y marchar por allí, en vez de emprender por donde emprendió; más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; pero es lo cierto que Leocadia Otero es un personaje mucho más fuerte, representativo, original é interesante que la señora del diputado, y

que tal vez la novela hubiera sido más buena cambiando la perspectiva y presentando más cerca y más grande á la maestra, hablando más de ella, y menos de la señora frágil, que aunque está perfectamente tomada del pícaro mundo en que vive, ofrece menos novedad, y tonos mucho menos vivos.

Además, la pequeñez de Segundo, su especialidad de majadero romántico y grafomano, se ven mejor en sus relaciones con la maestra que en las que tiene con la señorona; porque éstas no son particulares de los *Cisnes*, sino comunes á toda clase de pájaros.

Así, cuanto le sucede por este camino á Segundo García, le había sucedido, salvo el vencer, al *Señorito Octavio*, de A. Palacio, el cual—el señorito—ó yo recuerdo mal, ó no era poeta.

Pero sea poco, sea mucho, cuanto se dice de la maestra me agrada, y tanto ella como su hijo, como su criada, como su hogar lleno de poesía pobre y humilde, merecen fijar la atención de la crítica para que se pueda reconocer una vez más y ante nuevos títulos, que doña Emilia Pardo Bazán no debe al favor ni á la condescendencia el ser tenida por artista verdadero, por novelista de positivo mérito.

Después de Leocadia, quien más me gusta á mí es el diputado, á pesar de las pocas cartas que toma en asunto que tanto le interesa. Pero aun esta escasez está bien, porque se completa el personaje, observando que más debe tal hombre atender á sus recuerdos

y á su salud, que á otra cosa. Es una de esas figuras de segundo término que no suele admirar el vulgo porque no las ve llenas de luz, pero que el verdadero aficionado á estas materias contempla con deleite, paladeando todos los sabios y oportunos pormenores de la composición esmerada.

Fuerza mayor me obliga á escribir hoy poco. *E Cisne* merece análisis detenido; pero ya que yo no puedo hacerlo, diré de prisa y á saltos algo de lo mucho que acerca de él se me ocurre, y que todavía no va indicado.

El lugar de la escena está descrito con la maestría á que el autor nos tiene acostumbrados: calles y campos tienen el mismo color, idéntico dibujo que la realidad vista por quien sepa ver y atender. Como la novela es corta y los caracteres principales y lo que se llama intriga ocupan muchas páginas, poco espacio queda para retratar la vida y costumbres de aquellas gentes; pero el autor tiene, por fortuna, la vara mágica de la concisión y sabe pintar en cifra, y merced á esto se remedia la falta de espacio que lamento. En cuatro palabras dice Emilia Pardo lo que otros en cuarenta. Sin embargo, á veces la impresión no se produce por culpa de esa brevedad forzosa. Muchos tipos y manías aparecen en este libro que deseáramos los lectores que hablasen y se moviesen más para conocerlos mejor. Tanto nos gustaron en el breve espacio que los oímos.

¿Qué decir del estilo de quien tiene fama, ha tiempo, de maestra en esta materia? Habla Emilia Pardo con naturalidad admirable, y como quien no hace nada, describe y narra en castellano castizo como pudiera hacerlo un francés con su idioma trabajadísimo y tan apto para ciertos pormenores de análisis y de pincel. ¡Lástima que en el lenguaje no siempre haya igual naturalidad y el autor se empeñe en rebuscar palabras no injustamente olvidadas y en armar caballeros á muchos términos técnicos que no hacen falta por ahora en la literatura artística!

Sin recurrir á nada de eso, ha demostrado mil veces el autor de *San Francisco de Asís* que es uno de los prosistas más abundantes de España; y aun sin contar con la riqueza de color de su lenguaje, sólo por la copia de su vocabulario pueden ser estudiados, y muy estudiados, los libros de tan feliz hablista.

Y con todo lo dicho no se entienda que digo que *El Cisne de Vilamorta* es la mejor obra de su autor. No; no lo es entre las ya escritas, y mucho menos puede serlo entre las que ha de escribir. De estas últimas espero, con legítima esperanza, maravillas; y día llegará, me lo da el corazón, en que pueda decir con la sinceridad que siempre he usado: «Ahí tienen ustedes una obra maestra: la ha escrito el mejor artista de Galicia; uno de los mejores de España.» Esto profetizo; y si no, al tiempo.



Poesías de Menéndez Pelayo.

LAS *Odas, Epístolas y Tragedias* de Marcelino Menéndez Pelayo son el libro más notable que se ha publicado estos días. Pero Menéndez Pelayo es una personalidad literaria con un carácter muy singular. No es uno de tantos jóvenes, ó viejos, aprovechados que no hacen sombra, y de los cuales todos los revisteros dicen, á poco que se les apure, que *se han colocado en primera línea*. A Menéndez le tienen envidia muchos, muchos más de los que parece; hasta personas serias que fingen estar por encima de estas pequeñeces. El trabajo de la gacetilla, elevada á la institución de crítica mediante la revista (el artículo ligero con estrellitas intercaladas), ha sido y sigue siendo, ensalzar á las medianías y despremiar á las personas de mérito notable. Muchos que hasta pueden ser académicos, no le perdonan que sepa griego y latín al profesor de la Central.

Además, aun entre las personas de buena fe, hay mu-